

# Re-Señas de Libros

## Re-Señas de Libros

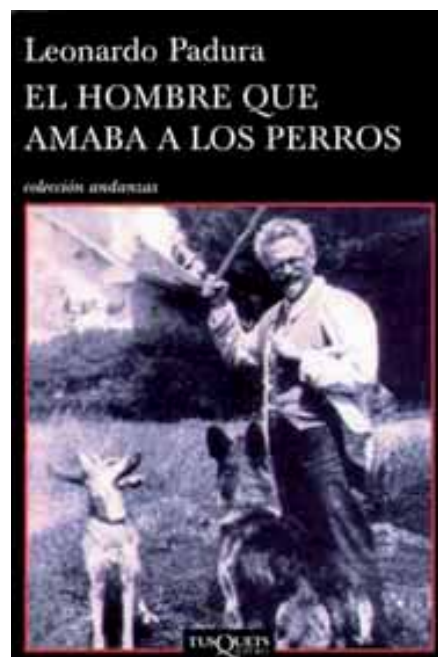
Por JORGE DOMINGO CUADRIELLO

-Padura, Leonardo *El hombre que amaba a los perros*. Barcelona, Tusquets Editores, 2009. 573 pp.

A lo largo del siglo XX no escasearon crímenes políticos execrables contra personalidades destacadas; pero sin lugar a dudas, por sus misteriosas circunstancias, su refinada crueldad y su trascendencia para todo el movimiento comunista, el cometido en México en 1940 contra el revolucionario ruso exiliado León Trotski ha sido uno de los más comentados y ha dado pie a toda una literatura que incluye desde estudios históricos hasta elegías, a pesar del manto de descalificaciones, tergiversaciones y silencio que dejaron caer sobre el nombre de la víctima las orientaciones dictadas por los gobernantes de la Unión Soviética. Su trágica muerte fue motivo de inspiración para que Guillermo Cabrera Infante escribiese unas ingeniosas parodias literarias que incluyó en la novela *Tres tristes tigres* (Barcelona, 1967). Con objetivos mucho más ambiciosos y una actitud más seria ante aquel asesinato Leonardo Padura, autor de una conocida serie de narraciones policíacas, acaba de publicar la novela *El hombre que amaba a los perros*.

Tres son las líneas fundamentales que conforman esta obra, en lo que constituye la prolongación de una estructura externa similar a la que ya habíamos apreciado en *La novela de mi vida* (2001). Una de las líneas sigue los pasos de la víctima a partir de su deportación del territorio soviético, la otra va detrás de Ramón Mercader, el sinuoso asesino, con punto de partida en los días de la Guerra Civil Española, y la tercera, mucho menos relevante y menos lograda, pero con la importante función de servir de catalizador de la historia, se fundamenta en un joven habanero que en los años más difíciles del “periodo especial” se siente en el deber de enfrentar en toda su dimensión aquel abyecto crimen.

Una vez fijadas estas tres rutas, el autor, con el respaldo de una sólida documentación, logra reconstruir ambientes sociales, escenarios geográficos, acontecimientos históricos, conflictos políticos, personajes reales y pasiones humanas no siempre movidas por nobles intereses. Padura acierta al ofrecernos tanto una panorámica de los macabros “procesos de Moscú”, idea-



dos por Stalin, como la tesonera lucha de Trotski, convertido en un apestado y perseguido por enemigos de diferentes credos ideológicos. Asimismo tiene la buena fortuna de describir de un modo convincente el retorcido proceso de transformar a un joven revolucionario, lleno de hermosos ideales de justicia social, en una máquina de matar, ajena a cualquier escrúpulo y supuestamente dirigida a contribuir a la formación de una nueva sociedad. Mercader cumple la orden del Kremlin de eliminar a Trotski y tras soportar veinte años de cárcel sin revelar su identidad ni los móviles verdaderos del asesinato viaja a la capital soviética, donde recibe como premio la Orden Lenin y el título de Héroe de la Unión Soviética.

A lo largo de la novela el autor expone los vínculos que unieron a este personaje y a su temible madre con nuestro país. Ésta, además de haber nacido en Santiago de Cuba, en la década de los 60 se desempeñó como empleada de la embajada cubana en Francia. Y Mercader, como ya resulta conocido, residió durante sus últimos años en La Habana, donde ocupó un puesto de asesor en el Ministerio del Interior hasta su fallecimiento en octubre de 1978. Padura no incorporó a su obra, sin embargo, de modo lamentable a nuestro entender, otros vínculos cubanos con

las historias que nos ofrece, quizás por desconocimiento. Como ejemplos se esos vínculos desaprovechados mencionaremos dos: entre los miembros del equipo de abogados defensores del asesino en el juicio que se le siguió estuvo la jurista y escritora Ofelia Domínguez Navarro, quien fue secretamente contratada en La Habana, según cuenta en su libro de memorias *50 años de mi vida* (1971), por una misteriosa dama española que bien pudo ser la madre de Mercader. El otro ejemplo: menciona Padura que acudieron a entrevistar a Trotski en Coyoacán numerosos periodistas, pero no añade que entre ellos estuvo el cubano Enrique Pizzi de Porras, director del diario *El País*. La extensa entrevista que le hizo al exiliado ruso, acompañada de numerosas fotografías y de datos sobre la fortaleza donde se había refugiado, aparece incluida en el volumen *Cinco días en México* (1939). La incorporación de esas informaciones históricas, procesadas de un modo literario, hubiera contribuido a enriquecer más aún el libro y también hubiera consolidado la relación con Cuba de esas aventuras existenciales.

Declara el autor al final de la novela que quiso “utilizar la historia del asesinato de Trotski para reflexionar sobre la perversión de la gran utopía del siglo XX, ese proceso en el que muchos invirtieron sus esperanzas y tantos hemos perdido sueños, años y hasta sangre y vida” (p. 571). En efecto, no se limitó a armar con agudeza varios hilos narrativos capaces de robarle la atención a cualquiera; sus aspiraciones abarcaron además sacar enseñanzas de lo que significó aquel llamado “socialismo real”, que con sus métodos tortuosos, basados en el terror, su estela de atropellos y sus penosas conquistas representó tan solo una inadmisibles distorsión de la Utopía en nombre del proletariado y del pueblo. Queda entonces confirmado que la lucha social no puede estar divorciada de los valores humanos y de las enseñanzas éticas elementales.

*El hombre que amaba a los perros* nos proporciona varias lecturas. Es una novela histórica y política, pero también de espionaje y tensión y de apreciaciones cívicas, válidas para enrumbarse por los complejos caminos de las contiendas sociales. Aunque aborda sucesos que para muchos ya comienzan a perderse en “la neblina del ayer”, estos no dejan de ser novedosos para el

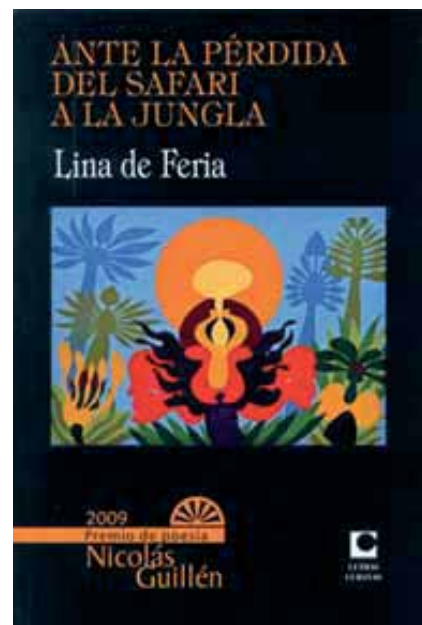
lector cubano y proporcionan además la posibilidad de aprehender informaciones, establecer analogías, compartir decepciones y constatar el descrédito de un proyecto que resultó tan engañoso como una muela cariada.

- Feria, Lina de *Ante la pérdida del safari a la jungla*. La Habana, Editorial Letras Cubanas, 2009. 83 pp.

Cuando sólo contaba con 22 años Lina de Feria obtuvo el Premio David 1967, compartido, con el cuaderno de versos *Casa que no existía*. Con posterioridad su producción poética conoció un largo período de silencio; pero en las dos últimas décadas han visto la luz varios libros suyos que constituyen ya textos de imprescindible referencia en el panorama reciente de la poesía cubana, entre ellos los titulados *A mansalva de los años* (1990) y *El libro de los equívocos* (2001). A esa relación ha venido a sumarse ahora *Ante la pérdida del safari a la jungla*, con el que recibió el codiciado Premio Nicolás Guillén del presente año. A su bella edición debe sumarse la elevada calidad de las ilustraciones de portada y contraportada del pintor Juan Moreira.

Toda una línea coherente de evolución estilística puede trazarse en la obra poética de Lina de Feria, desde sus poemas de juventud hasta los actuales. Si bien su formación como poeta ocurrió en momentos en que se consolidaba y se promocionaba en el ámbito cubano la llamada poesía coloquial o conversacional, ella supo incorporar a su universo expresivo algunos elementos de dicha corriente, pero sin suscribirse plenamente a sus postulados. Por encima de todo preservó su voz, así fuese tan solo la voz de una mujer que hablaba sola en la placidez de un parque mientras otros optaban entonces por integrar un coro en la plaza.

Ahora nos llega de nuevo su voz con igual timbre personal; mas creemos que con una sensibilidad humana, deudora de César Vallejo, más acentuada. De un modo encubierto nos manifiesta su voluntad de volcar su ser a través de la mirada, que en unas ocasiones dirige a los demás y en otras hacia sí misma, con sentido escrutador. Esa actitud se combina con uno de los actos que más le subyuga, la evocación sutil, de un modo velado, que la lleva a confesar: “inundo mi cuerpo / de dones nostálgicos”, aunque al cabo se vea obligada



a reconocer: “toda memoria es desmemoria”. En este libro el más logrado ejemplo de ese ejercicio evocativo se encuentra en el último poema, “Reflejos”.

Diversas son las aristas de estos versos que dan pie a la especulación, mas nosotros deseamos anotar sólo una, que parte del reiterado uso que la autora hace del vocablo desnudez: “quisiera desnudarme como un loco” (“Escorzo”), “paseando mi desnudez / entre los montes sin lunas” (“Extravagancia”), “entre sus dos pupilas / la identidad de una honda desnudez” (“Gracias”), “desnuda e impaciente / daría vueltas en la Ceiba del Templete” (“Ante la pérdida del safari a la jungla” VIII)... Quizás no resulte desacertado apreciar en esa reiteración el impulso a mostrarse plenamente, que es frenado por ese recato que en todos habita. Surge así entonces un juego a asomarse y esconderse, a decir y silenciar y sugerir, a entregarse y a desaparecer. La buena poesía, bien se sabe, también participa de ese ingenioso juego.

- Brito de Armas, Xiomara, María Victoria Hernández Pérez e Isidoro Sánchez García *Tomás Felipe Camacho. Un canario ilustrado del siglo XX*. Tenerife, Ediciones Pinolere, 2008. 342 pp.

Los historiadores discrepan acerca del número de inmigrantes españoles que arribaron a Cuba en las primeras décadas del siglo XX. Sin embargo,

todos coinciden en que aquel torrente humano estuvo integrado fundamentalmente por gallegos, asturianos y canarios. A diferencia de aquéllos, que se asentaron por lo general en La Habana o en otras ciudades importantes, estos últimos marcharon a trabajar la tierra y se establecieron en pequeñas localidades de las provincias de Las Villas y Pinar del Río. Muchos de ellos eran analfabetos o poseían un nivel de instrucción elemental, lo cual explica que a pesar de su elevado número no hayan sobresalido, salvo excepciones, en el campo del intelecto. Dentro de esas excepciones estuvieron los periodistas Manuel Fernández Cabrera y Luis Gómez-Wangüemert, el poeta Félix Duarte y el musicólogo José Calero y Martín, así como Tomás Felipe Camacho, figura central de esta biografía.

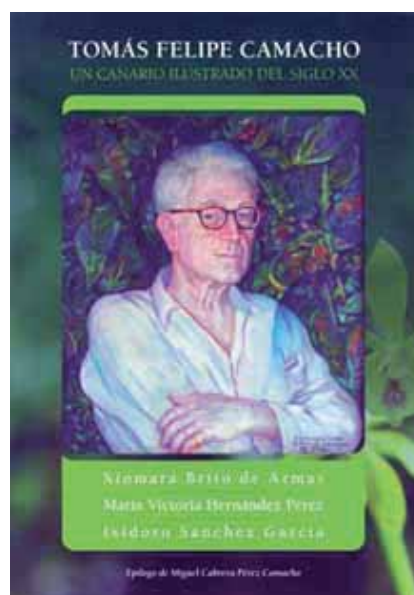
Su arribo a Cuba ocurrió en 1905, con 19 años de edad y el título de Bachiller, que ya le concedía entonces un nivel de estudios considerable. A continuación se entregó al periodismo y a la creación literaria, fue director de la revista *Cuba y Canarias* y redactor del diario *Cuba* y publicó el volumen de versos *Ritmos y notas* (1906) y el libro de novelas cortas *Estados de alma* (1910). Su afán de superación lo llevó a graduarse en la Universidad de La Habana en 1912 de Doctor en Derecho y su estatus social se elevó aún más tras contraer matrimonio con la hija del próspero hombre de empresa canario Domingo León. En los años siguientes estableció en la capital un importante bufete, fue asesor de compañías industriales y agrícolas, incursionó con éxito en los negocios y logró levantar una fortuna y ser miembro de la Asociación de Hacendados y Colonos de Cuba. Algunos investigadores le atribuyen a Tomás Felipe la autoría de la Ley de Moratoria de la banca, que evitó en 1920 la completa ruina de los bancos y de la industria azucarera, así como de haber sido el inspirador de la Ley de Coordinación Azucarera, que a partir de 1937 reguló la producción cañera.

No fue este emigrante canario un vulgar acaparador de propiedades y de dinero. En él habitaba una notable sensibilidad humana y artística y el noble empeño de contribuir al desarrollo de la cultura cubana. Esa vocación lo llevó a ser Vice-Presidente del Patronato Pro Música y primer Presidente

del Patronato Pro-Museo Nacional y a conformar una valiosa colección de cuadros, esculturas y tapices, integrada por obras de Sorolla, el Veronés, Zuloaga, Rusiñol y otros pintores, que hoy forma parte de nuestro patrimonio cultural. También alcanzó a reunir una estimable colección de sellos postales y ayudó a cursar estudios superiores a varios artistas cubanos. No obstante esos méritos, dignos de ser subrayados, el mayor éxito de Tomás Felipe consistió en haber creado en 1947, tras el fallecimiento inesperado de su hija Pilar y, poco después, el de su esposa, el Jardín Pilila, en una finca de la Sierra del Rosario, cerca de Candelaria. Allí se entregó a la hermosa tarea de reunir y cultivar con gran delicadeza una incontable cantidad de orquídeas, plantas exóticas y árboles frutales, hasta el punto que en la década siguiente era ya conceptuada esa finca el tercer jardín botánico de Cuba, con la diferencia de las otras de ser el resultado de un empeño individual, y de poseer tanto la colección más numerosa y diversa de orquídeas en toda la América Tropical como una de las bibliotecas más completas sobre este tipo de planta. Su dueño abandonó el país en 1959 y falleció en Tenerife en 1961. Al año siguiente el Jardín Pilila, ya en manos del estado,

de la cultura cubana. Esa vocación lo llevó a ser Vice-Presidente del Patronato Pro Música y primer Presidente del Patronato Pro-Museo Nacional y a conformar una valiosa colección de cuadros, esculturas y tapices, integrada por obras de Sorolla, el Veronés, Zuloaga, Rusiñol y otros pintores, que hoy forma parte de nuestro patrimonio cultural. También alcanzó a reunir una estimable colección de sellos postales y ayudó a cursar estudios superiores a varios artistas cubanos. No obstante esos méritos, dignos de ser subrayados, el mayor éxito de Tomás Felipe consistió en haber creado en 1947, tras el fallecimiento inesperado de su hija Pilar y, poco después, el de su esposa, el Jardín Pilila, en una finca de la Sierra del Rosario, cerca de Candelaria. Allí se entregó a la hermosa tarea de reunir y cultivar con gran delicadeza una incontable cantidad de orquídeas, plantas exóticas y árboles frutales, hasta el punto que en la década siguiente era ya conceptuada esa finca el tercer jardín botánico de Cuba, con la diferencia de las otras de ser el resultado de un empeño individual, y de poseer tanto la colección más numerosa y diversa de orquídeas en toda la América Tropical como una de las bibliotecas más completas sobre este tipo de planta. Su dueño abandonó el país en 1959 y falleció en Tenerife en 1961. Al año siguiente el Jardín Pilila, ya en manos del estado, abrió sus puertas al público como Casa Museo y Jardín Botánico de Soroa.

Sustentada por una profunda base documental, incluso a veces excesiva al detenerse en detalles poco relevantes acerca de familiares o amigos del biografiado, esta obra constituye el necesario y completo rescate de una figura que entre nosotros había caído ya en el olvido. Sus páginas cuentan además con numerosas fotos personales, de documentos y de instituciones, al igual que una muestra, en colores, de las hermosas orquídeas que se conservan hoy en Soroa. Sólo es de lamentar que esta biografía no haya conocido un trabajo de edición y que cuente, fundamentalmente la parte referida a la presencia de este canario en Cuba, la escrita por Xiomara Brito, con numerosos errores de redacción y desaciertos expresivos, todo lo cual hubiera podido suprimirse de llevarse a cabo, como resulta elemental antes de imprimirse



de la cultura cubana. Esa vocación lo llevó a ser Vice-Presidente del Patronato Pro Música y primer Presidente del Patronato Pro-Museo Nacional y a conformar una valiosa colección de cuadros, esculturas y tapices, integrada por obras de Sorolla, el Veronés, Zuloaga, Rusiñol y otros pintores, que hoy forma parte de nuestro patrimonio cultural. También alcanzó a reunir una estimable colección de sellos postales y ayudó a cursar estudios superiores a varios artistas cubanos. No obstante esos méritos, dignos de ser subrayados, el mayor éxito de Tomás Felipe consistió en haber creado en 1947, tras el fallecimiento inesperado de su hija Pilar y, poco después, el de su esposa, el Jardín Pilila, en una finca de la Sierra del Rosario, cerca de Candelaria. Allí se entregó a la hermosa tarea de reunir y cultivar con gran delicadeza una incontable cantidad de orquídeas, plantas exóticas y árboles frutales, hasta el punto que en la década siguiente era ya conceptuada esa finca el tercer jardín botánico de Cuba, con la diferencia de las otras de ser el resultado de un empeño individual, y de poseer tanto la colección más numerosa y diversa de orquídeas en toda la América Tropical como una de las bibliotecas más completas sobre este tipo de planta. Su dueño abandonó el país en 1959 y falleció en Tenerife en 1961. Al año siguiente el Jardín Pilila, ya en manos del estado, abrió sus puertas al público como Casa Museo y Jardín Botánico de Soroa.

Sustentada por una profunda base documental, incluso a veces excesiva al detenerse en detalles poco relevantes acerca de familiares o amigos del biografiado, esta obra constituye el necesario y completo rescate de una figura que entre nosotros había caído ya en el olvido. Sus páginas cuentan además con numerosas fotos personales, de documentos y de instituciones, al igual que una muestra, en colores, de las hermosas orquídeas que se conservan hoy en Soroa. Sólo es de lamentar que esta biografía no haya conocido un trabajo de edición y que cuente, fundamentalmente la parte referida a la presencia de este canario en Cuba, escrita por Xiomara Brito, con numerosos errores de redacción y desaciertos expresivos, todo lo cual hubiera podido suprimirse de llevarse a cabo, como resulta elemental antes de imprimirse

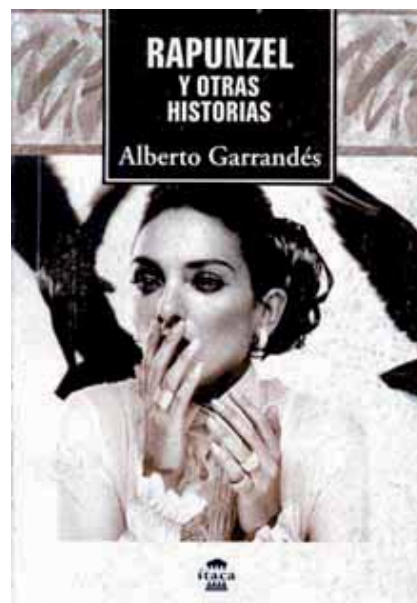
cualquier texto, un trabajo de corrección y revisión. A pesar de ese considerable lastre el libro se salva por los aportes ya señalados.

Tomás Felipe Camacho, al igual que el Conde de Lagunillas y María Luisa Gómez Mena, merece recordación por haber sido de los pocos miembros de la alta burguesía cubana que no dudaron en echar mano a su bolsa personal para contribuir con largueza al desarrollo de nuestra cultura.

Garrandés, Alberto *Rapunzel y otras historias*. Holguín, Ediciones Holguín, 2009. 120 pp.

Autor de importantes ensayos – *Síntomas* (1998), *El concierto de las fábulas* (2008) –, novelas – *Capricho habanero* (1998), *Las potestades incorpóreas* (2007) – y antologías, como *La insula fabulante. El cuento cubano en la Revolución* (2008), el prolífico escritor Alberto Garrandés ha venido ahora a enriquecer su bibliografía con este volumen integrado por cinco cuentos y, al final, bajo el título de “La Pina-coteca”, por una serie de heterogéneas estampas con informaciones curiosas y observaciones agudas. Cada uno de dichos cuentos conserva su independencia y no establece vínculos temáticos con los restantes, mas en general todos ellos comparten una marcada simetría estilística y un modo similar de asumir la exposición de los hechos.

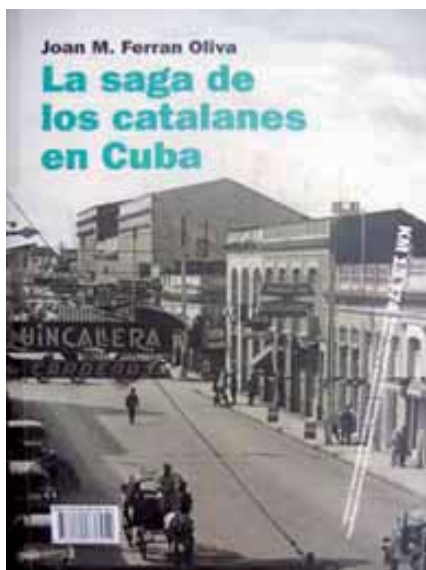
La lectura de este libro nos confirma que Garrandés no es un narrador atraído por el realismo epidérmico, ese que acostumbra mostrar acontecimientos verosímiles y lineales y coquetea con la problemática social o se sumerge en ella para ofrecer enseñanzas. Por el contrario, él gusta de adentrarse en la indefinición y el claroscuro, en las zonas de penumbra, ricas en posibilidades para fabular, sugerir, crear personajes singulares y diálogos no exentos de sutilezas e intercalar alguna historia subordinada a la historia esencial de la narración. En el primer cuento, “La noche de Paprika Johnson”, se nos presenta, por ejemplo, el encuentro sensual de un hombre y una mujer, ambos extranjeros, en La Habana del estallido social de agosto de 1994, y de un modo secundario se intercala un episodio atroz ocurrido tiempo atrás en Turquía. Un aprovechamiento aún mayor de este recurso lo hallamos en el relato titulado



“Pentimento”.

“Morgan, Cinderella y el tigre de Bengala”, texto ya publicado con anterioridad en la revista *Encuentro de la Cultura Cubana*, es, a nuestro entender, la pieza más lograda de este volumen. En ella se logró articular, de un modo ingenioso y acertado, toda una concatenación de situaciones inesperadas, que se nutren de saltos en el espacio y en el tiempo, a partir de la coincidencia de un viejo policía, una muchacha y su tigre en el Parque Central, de madrugada. El sentido de la lógica del hombre se desarticula y se impone entonces un paréntesis imaginativo signado por las ansias de vivir y la presencia de la muerte.

Garrandés asume la ficción narrativa también como un divertimento en el que tienen cabida las referencias a pasajes tomados de las obras de Jorge Luis Borges o la apropiación de versos de Virgilio Piñera, las alusiones a personajes reales, las situaciones rocambolescas o desconcertantes, de lo cual constituye una buena demostración “El hombre de Uqbar (sobre la inmortalidad de los chinos)”. De igual modo se adentra con refinamiento en el campo del erotismo y no elude la exposición de la voluptuosidad de sus personajes. Mas su interés primordial consiste en establecer sólidos cimientos para la fabulación. En el desempeño de esa difícil tarea cada vez demuestra poseer una mayor soltura.



- Ferran Oliva, Joan M. *La saga de los catalanes en Cuba*. Barcelona, Casa Amèrica Catalunya, 2009. 193 pp.

La presencia fecunda de los inmigrantes catalanes en Cuba, conocidos por su laboriosidad, espíritu emprendedor e inclinación al ahorro, ha sido motivo de varios estudios, algunos de carácter general y otros dedicados a alguna personalidad en específico. Entre ellos se encuentran el libro de Carlos Martí Fernández *Los catalanes en América: Cuba* (Barcelona, 1920) y este que acaba de aparecer publicado, en curiosa edición bilingüe, en castellano y catalán, bajo la firma del economista e investigador cubano Joan M. Ferran.

La presente obra consta de varios capítulos, que abordan, en este orden, la llegada de los catalanes a nuestro país, con sus momentos de mayor auge en los periodos 1780-1860 y 1900-1928, las cifras de aquel movimiento demográfico y varios ejemplos de catalanes que sobresalieron en la industria cubana, así como otros que cosecharon triunfos en las esferas intelectuales y artísticas. También se ocupa el autor

de recoger datos importantes sobre la actitud de dichos inmigrantes frente a las gestas independentistas cubanas, su participación en el ámbito de la Iglesia Católica y las asociaciones y publicaciones que fundaron en suelo cubano. En correspondencia con estos epígrafes, presenta los casos de los industriales tabaqueros (Jaume Partagás, Josep Gener), los jaboneros (Sabatés, Crusellas), los fabricantes de ron (Facundo Bacardí), los empresarios (Xifré, Gumá), los banqueros (Gelats) y los traficantes de esclavos (Pancho Marty, Baró). En esa amplia y bien documentada relación nosotros echamos de menos, sin embargo, a José Sarrá Valldejuli, quien logró levantar en La Habana una de las más importantes droguerías a nivel mundial, a Bonaventura Trotcha, natural de Arenys de Mar y propietario del famoso hotel del Vedado que llevó su apellido, y a Josep Marimón, Presidente del Banco Español de la isla de Cuba y señalado como uno de los máximos responsables del crack bancario de 1920.

Más adelante, en la sección dedicada a los intelectuales y artistas, Ferran incluye, sin un orden cronológico, a sobresalientes figuras como Francesc Prat Puig, Hipólito Lázaro y Josep Ardévol, pero omite por completo el nombre, a nuestro entender lamentablemente, de otras personalidades notables como el dramaturgo y periodista cultural Rafael Marquina, el narrador e historiador Adrián del Valle y el bacteriólogo Pedro Domingo Sanjuán, uno de los mayores propagandistas entre nosotros de la vacunación antituberculosa. Tampoco le concede un espacio a los maestros de albañilería catalanes, quienes dejaron una huella importantísima en no pocas edificaciones habaneras. Mayor fue su acierto, en cambio, al destacar la presencia en Cuba de los sacerdotes escolapios, casi en su totalidad catalanes, y de los centros educacionales que

estos fundaron.

Acerca de la significación de esta colonia catalana dan cuenta algunos elementos que el autor bien se encarga de precisar, entre ellos que la Sociedad de Beneficencia Naturales de Cataluña, creada en 1840 y aún hoy en funciones, representa el centro catalán más antiguo del mundo, surgido fuera de ese espacio del estado español, y la primera agrupación regional de los españoles en Cuba, que el semanario *Lo Catalá*, impreso en 1861, fue la primera publicación catalana surgida más allá de las fronteras de Cataluña, que en nuestra capital fue donde se aprobó en 1928 la Constitución Provisional de la República Catalana y que nuestra enseña nacional sirvió de inspiración a la bandera de los independentistas catalanes.

Salvo las omisiones antes señaladas, así como otras pocas que podrían añadirse, esta obra resulta una valiosa contribución al conocimiento de los aportes de los catalanes a la sociedad cubana y a su cultura, al tiempo que ofrece además una provechosa información acerca del desempeño de los catalanes más allá de los límites geográficos de su lugar de origen. Esta colonia, que en el año 1925 llegó a contar con 17, 211 miembros, según el autor, ya a fines de 2006 sólo tenía 86 integrantes, en su mayor parte ancianos. Como resulta conocido, tras el triunfo revolucionario de 1959 el flujo migratorio procedente de España, ya entonces muy débil, desapareció y en los últimos años el sentido de la emigración se ha invertido: ahora son los cubanos los que marchan a España en busca de fortuna. La comunidad catalana entre nosotros, como la gallega y la asturiana, ya pertenece al pasado; pero su trayectoria constituye una fuente de muy atendibles enseñanzas.

